

R A U L L E I V A

# MUNDO INDIGENA

POESIA

LIBRO PRIMERO



EDICIONES SAKER-TI,  
GUATEMALA, C. A. 1949.

MUNDO INDIGENA

RAUL LEIVA

ME  
NA

RAUL Leiva, el joven autor de "Mundo Indígena", es uno de los más importantes poetas modernos de Guatemala: su puesto está (aunque hablando cronológicamente él pertenece a una generación posterior) al lado de Miguel Angel Asturias y de Luis Cardoza y Aragón, líricos éstos que se han caracterizado por poseer una vasta obra que a la vez que es profundamente guatemalteca, lo es—acaso por esa misma razón—genuinamente universal.

Dueño de un personal estilo, alimentado por las más puras y renovadas esencias de la poesía moderna en lengua española, Raúl Leiva, después de publicar media docena de libros de poesía, se acerca hoy al mundo indígena, al oscuro y resplandeciente universo de lo maya, guiado por su fino sentido lírico y su profunda capacidad para cantar lo que lleva dentro. Por eso, sus poemas escritos en esta dirección, nos entregan el estremecido mensaje de una alma abierta a todas las inquietudes de nuestro tiempo. En este volumen, azotado por intensas y humanas pasiones, hay un ancho viento de libertad que conmueve a todo el poema: viento henchido de volcánicos deseos, de amor, de muerte, de odio, de insatisfacción ante la realidad.

Raúl Leiva no es un simple espectador en el oscuro drama de nuestro indigenismo: consciente de su mestizaje, de su mayoritaria sangre americana, contribuye a dilucidar su misterio desde el plano de la obra de poesía, hablándonos con cálido aliento de sus propias e intransferibles experiencias.

Las Ediciones SAKER-TI publican hoy complacidas este primer libro donde el poeta de "El Deseo" comienza a sumergirse (consciente y luminoso sonámbulo) en el ancho y desconocido cosmos de lo indígena, raíz y sustento de nuestra profunda condición de hombres del Nuevo Mundo.

MUNDO INDIGENA

Para Guillermo Grajeda  
Mena, agradeciéndole su  
colaboración en estas  
páginas,

Raúl Lewa

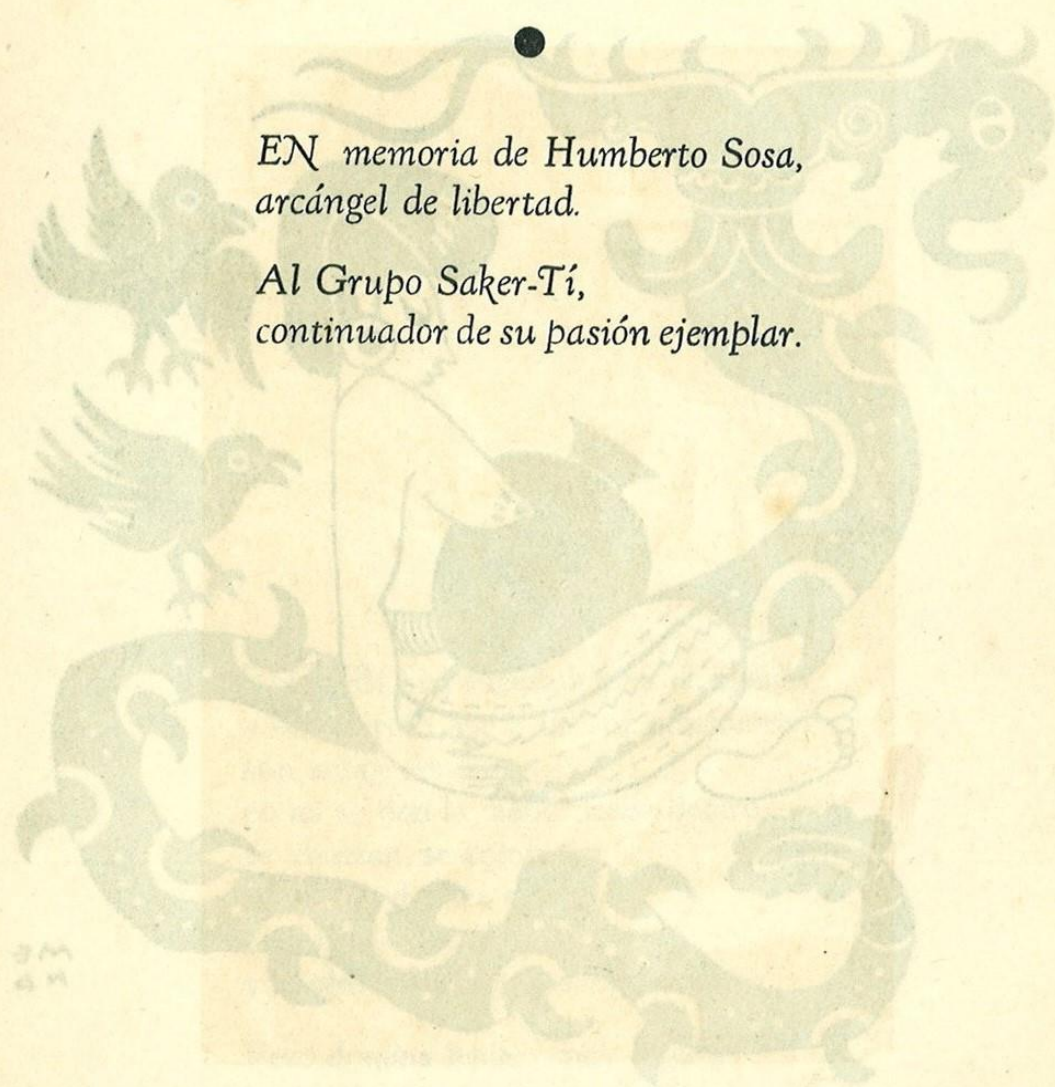
1.949.



*Raúl Leiva.* - Oleo de J. A. Franco

*EN memoria de Humberto Sosa,  
arcángel de libertad.*

*Al Grupo Saker-Tí,  
continuidor de su pasión ejemplar.*





Acento de lo maya

ESCRIBO en español, mas el espíritu  
y sentimiento que a mi voz conmueven  
son indígenas puros;  
en mí se dan la mano desde dentro,  
se abrazan, se combaten,  
las dos ardientes sangres:  
la del indio orgulloso  
y la otra del hispano aventurero.

Pero domina lenta y muy segura  
la americana voz de nuestra tierra,  
el eco de este mundo tan antiguo  
que brota de mi ser como un latido,  
como viento despierto, como canto  
del río de la sangre.

Un diálogo se entabla entre mis venas  
y sale vencedora la voz india,  
la que me enciende y guía,  
me desnuda y me muestra tal cual soy:  
moreno y grave, tierno para el amor,  
violento en el odiar: mestizo ardiente.

Esta magia que prende en mis palabras,  
este acento de amor y de agonía,  
este desplome de pasión y muerte,  
esta forma de lento hablar y sollozar a solas;  
este gemido, este soñar, son puras  
maneras del indígena despierto  
que se abre al mundo lleno de la duda  
y lleno de la firme y varonil mirada  
que la sangre alimenta.

Lo español es un eco en la batalla  
con que me enfrento solo con el alba:  
lo otro, lo profundo, lo constante,  
es pura forma indígena, consciente,  
que rebasa mi ser y le conduce  
al encuentro gozoso de su esencia.

Lo hispano es sólo sombra. Lo concreto.  
lo que grita en mi cuerpo, humedecido,  
es lo maya que aflora lento y puro,  
en mi existencia de absoluto llena  
y dueña de la vida y de la muerte,  
de la radiante flor de lo sensual.

Lo pereciente de mi ser, la magia  
que inunda mis instantes, lo seguro  
de este soñar despierto, los sentidos  
con que combato al mundo día a día,  
son caminos que el indio ha recorrido  
en milenaria lucha con el tiempo.

La forma de mis cantos es hispana,  
pero por dentro el ritmo muerde vivo  
la esencia inagotable de lo indígena.

Mediterránea forma. Acento de lo maya.

Dualismo tan humano y absoluto  
que en mi ser halla forma y hoy se expresa  
en la voz que agoniza cuando palpa  
este conflicto hermoso que en mi cuerpo  
estalla en luz apasionada y cierta.



La primavera en flor de esta honda raza  
cuya pujanza se alza verdecida  
del árbol palpitante de mi sangre

Si digo amor, es tierra lo que digo,  
mundo de sangre y sueño, de luz alta,  
de telúrica sombra conmovida;  
si digo amor, es fiesta de mi carne,  
de mi inquietud extraña, de mi sino  
en milenaria sangre indígena encendido.

Canto lo indígena, soy indio puro  
que busca en la palabra de la tierra  
el mensaje de fieles muchedumbres  
que poblaron América de mitos  
y crueles dioses altos, como el cielo.

El cielo es el espejo de mi sueño,  
en él se contemplaron mis abuelos  
que sembraron el suelo con sus ansias

de sed eterna, indómita, bravía,  
con deseos inquietos como ríos.

Los graves rostros pétreos, taciturnos,  
de los indios antiguos en mí viven:  
reflejan en mi rostro sus mareas  
de orgullosa borrasca, de mar vivo;  
alimentan mi sangre desde lejos,  
desde lo inconcebible, lo ignorado  
de un afán inexhausto que en mí prende  
su llama luminosa, transparente.

Veo mi rostro donde la luz estalla  
con su mundo encendido y victorioso.

Encuentro al indio en mí:  
le siento vivo y alto entre mi sangre,  
de pie en mi pensamiento que camina  
influidó por su acento y su ternura.

Mi propio sentimiento tiene deijos  
en que desesperados y voraces  
mis ancestros palpitan, aflorados,  
desnudos, combatientes.

Lo primitivo, alborozadamente  
maneja mi consciencia,  
salta libre y jovial en las pasiones  
que alimentan constantes al deseo.

Nacido de la tierra,  
en ella finco mi orgullosa estirpe:  
el cielo de los mayas es mi cielo,  
su sangre, la alta sangre que circula  
en este mundo y centro de la mía.



ESTE amor tan nostálgico que late  
dentro mi ser y anega el sueño puro;  
esta triste alegría  
que sustenta su corriente magnífica;  
este dolor tan vivo que acrecienta  
mi sed alucinada,  
son formas todas de lo puro altísimo  
que el indio me ha entregado.

Cada minuto mío, cada hora,  
sueñan la tierra, el alma renacida,  
la primavera en flor de esta honda raza  
cuya pujanza se alza verdecida  
del árbol palpitante de mi sangre.

Este grito que anega mi garganta,  
 este ritmo con que late mi sangre,  
 este color oscuro de mi pecho,  
 son formas todas del amor intenso  
 con que el pasado enciende su esperanza  
 en mi ser conmovido y pereciente.

Este signo de muerte que me orienta,  
 este gemir extraño, esta marea  
 que rodante me lleva desde el amor al odio,  
 son formas puras, telúricas, enteras,  
 con que expreso lo indígena ante un mundo  
 que fallece también, que no se encuentra  
 sino en la incierta cima de lo mítico.

Pero un acento virgen se levanta,  
 se enciende y se germina  
 en este ritmo intenso, americano,  
 con que mi voz expresa su deseo,  
 su tentativa humana;  
 no es lo mediterráneo lo que asoma  
 por mi palabra viva  
 es lo anciano y destruido que renace,  
 buscando en lo más hondo de la tierra  
 el mensaje esperado,  
 lo soñado en el encuentro entero de mí mismo.

Extraigo de la tierra la palabra  
 con la que expreso mi pasión violenta;  
 lleno de muerte estoy,  
 y lleno de tinieblas y de duda.

Pero me ayuda a caminar despierto  
 el recuerdo de luces y fogatas  
 que en la alta noche el indio  
 que en mí alienta enciende airado.

Lleno de mitos y sangre de volcanes,  
 mi espíritu se alumbra victorioso  
 en la cóncava noche de los mayas.

ESTOS mis ojos son hijos de aquellos  
que en un día cualquiera  
vieron venir de lejos, en tumulto,  
la hueste combatiente  
del Alvarado cruel que pretendía  
incorporar sus dioses  
a los puros y altivos dioses nuestros  
que siguen gobernando desde dentro  
el alma del indígena  
que vive absorta y lentamente  
esperando reinar sobre lo suyo:  
sobre la tierra herida  
que le entrega su conmovido fruto  
alborozada y triste.

Estos mis ojos son parte de aquellos  
que vieron en la hoguera consumirse  
los cuerpos de Oxip-Quej y Belejep-Tzí,  
en un día cualquiera.

Estos mis ojos son parte de aquellos  
(que miraron  
al quetzal encendido volar alto,  
en el combate aquel en que rendido  
cayó Tecúm-Umán el esforzado,  
el indomable altivo,  
padre de nuestra historia libertaria.

Estos mis ojos son parte de aquellos  
que contemplaron puros  
la estela esbelta alzada de la tierra  
para hablar por los siglos de los siglos  
de la pujanza cierta  
de un pueblo de guerreros y poetas  
que su mensaje daban  
en un mundo de piedra recogida, palpitante,  
que ya nunca moría, eterna y fértil.

Con los ojos del indio miro al mundo  
y le recreo en gravedad llameante:  
todas las horas a mi lado caen  
marcadas fieramente  
por el signo sutil del mundo maya  
que despierta  
desde el más hondo muro de mi sueño.

La sangre nunca muere;  
su caudal tormentoso se libera,  
se incorpora a los cuerpos, a las almas,  
a las esencias todas  
de nuestro mundo vivo y absoluto,  
que orienta nuestro paso hacia el futuro.

Esa sangre del indio, la más mía,  
continúa su marcha,  
su gran río sonoro condiciona el acento  
del hombre americano que no muere,  
que no puede morir pues su consciencia aflora  
eterna en el instinto de amorosa quietud,  
de fruto melancólico.



Las llamas de Utaflán son esas llamas

LAS llamas de Utaflán son esas llamas  
 que en la alta noche siento que me queman  
 la viva entraña herida;  
 el dolor que me inunda en su marea  
 es el mismo dolor antiguo y cierto  
 de una raza humillada en el deseo,  
 en el sueño purísimo, en la sangre.

Mi sangre siente en el temblor atávico  
 un tumulto correr, embravecido:  
 el tumulto de aquellos dioses pétreos  
 que crearon en lo puro de estos cielos  
 su mundo deslumbrante y primitivo.

Rumor y sed de mitos de pronto hallan  
 en mi agudo sentido de las cosas

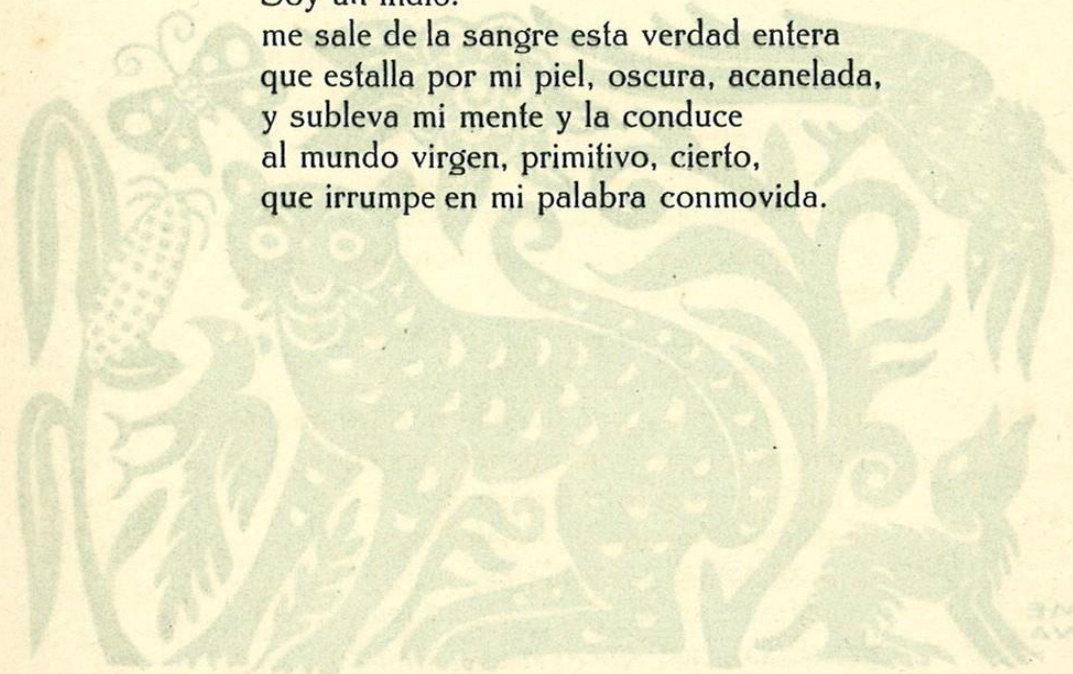
su sostén intangible;  
 veo crecer desde mi misma sombra  
 ejércitos fantásticos que luchan  
 contra otras sombras blancas que malogran  
 una cultura entera, una manera  
 de descifrar los signos ignorados.

Vivo en mí mismo el hambre de aventura  
 de un Votán penetrante y vagabundo  
 que buscaba en el fondo de la tierra  
 la razón de su vida y de su sueño;  
 veo la furia tecúmica encenderme  
 y llenar mi cuerpo todo, en marejada,  
 de un deseo viril de dar la muerte  
 al que injusticias riega por la tierra;  
 me veo enardecido alzar el brazo  
 contra el traidor que humilla nuestro mundo  
 con ojos que no ven, que no conocen  
 el mitológico acento que se eleva  
 de esta voz milenaria y victorioso  
 de muchas hondas muertes.

Los minerales ecos de las piedras  
 hallan en mi alma asilo venturoso:  
 lleno estoy de la vida y de la muerte  
 que por sus poros habla;  
 me coronan graníticos espacios  
 que dilatan su sed sobre este valle  
 donde encuentro las huellas vengadoras  
 de mis abuelos mayas inmortales.

Un sudor vegetal y primitivo  
 rezuma de mi cuerpo:  
 soy el mismo indígena violento  
 que descubre su oscuro y alto mundo,  
 su origen encendido.

Soy un indio:  
 me sale de la sangre esta verdad entera  
 que estalla por mi piel, oscura, acanelada,  
 y subleva mi mente y la conduce  
 al mundo virgen, primitivo, cierto,  
 que irrumpe en mi palabra conmovida.





Mundo de mis sentidos, primitivo,  
lleno de fuerzas vivas y animales

MUNDO de mis sentidos, tan hermoso,  
que gobierna mi paso por la tierra  
con su fresca ternura inigualable;  
mundo de mis sentidos, esotérico,  
donde murmura un eco inconfundible,  
transparente y perfecto, como el cielo.

Un dios vigila el paso de las cosas  
que tiemblan en ternura palpitante,  
detenidas al borde de las horas;  
mundo de mis sentidos, cielo inmóvil,  
azul fugaz donde la imagen pierde  
decorativas alas inconstantes.

Mundo de mis sentidos, primitivo,  
lleno de fuerzas vivas y animales,  
de jadeos gozosos y de muerte.

Las voces de la luz y de la sombra  
en mi ser hallan conjunción exacta:  
contemplo el mundo mío, el de los indios,  
con un ojo voraz y taciturno.

Contrarias aguas forman en mí el caos:  
hay algo humedecido por la tierra  
que me entrega su afán y su locura;  
algo innombrado, antiguo, inentendible,  
que como sombra duerme entre mi sueño;  
algo vivo y sutil,  
que en mi sangre camina, en mi frente habla  
con su voz de sudor apasionado.

Mundo de mis sentidos, tamaño de mi cielo,  
tan cotidiano y tierno, tan sencillo:  
en él encuentro el ritmo de las cosas,  
el entrañable impulso de los sueños.

Mi sed y mi pasión es en su orilla  
donde encuentran camino y horizonte.

En mis sentidos viven, palpitanes.  
todas las muertes, todos los fantasmas  
que mi cuerpo contiene;  
en su mundo insaciable y tan hermoso  
está la huella roja y definida  
de todo un cementerio que me puebla  
en el paso tajante por la vida.

DESPIERTA en mí lo indígena en tumulto  
como río pujante, como sangre  
que arrasa en denso oleaje las murallas  
de prejuicios vacíos;  
despierta huracanada la violencia  
de los antiguos mayas  
en este ser altivo que en mí nace  
al mundo de lo indígena encendido.

Estoy alegre ahora que me veo  
crecer dentro del sueño milenario  
de esta tierra de jades y obsidiana:  
encuentro en el fulgor de la mirada  
el brillo aquel del indio combatiente



que ofrecía a los dioses el sustento  
de roja sangre derramada y cierta  
de doncellas inmóviles y absortas.

La fiesta de la muerte resucita  
—vino ferrestre, vegetal y puro—  
en mi alma primitiva y no manchada  
por el atuendo ronco de lo hispano.

Aflora de mi ser, cálida, viva,  
la savia de volcanes y murallas  
que se entrecruzan, vibran, se desatan  
en la carne dormida que de pronto  
encuentra el signo oscuro, impresentido,  
de sus mitologías verdaderas.

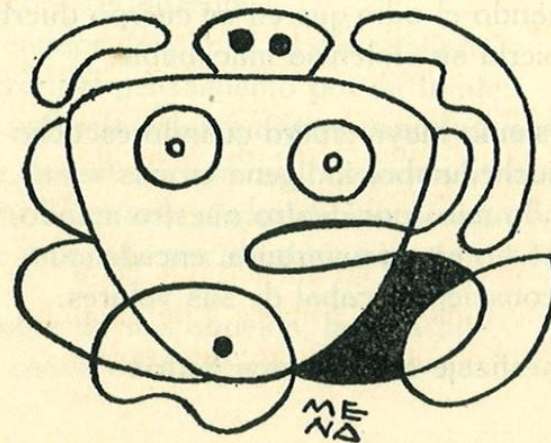
Este deseo, esta ansia de infinito,  
este absorto fluir, hora tras hora,  
en busca de la muerte y la agonía;  
este mirar ausente, esta manera  
de saludar, de lento alzar el labio  
para besar desnudas bocas tibias;  
este rumor de cuerpos, esta loca  
entrega al sexo eterno, este horizonte  
que nos despeja amores y caídas,  
es lo indígena cierto que alimenta  
el paso de mis días.

Te quiero por lo atávico que llega  
en tu rumor de sombra y de montaña,  
por el acento tierno de tus voces

de amanecer de trópico violento,  
por el desgano indígena en que alientas  
cuando te entregas, pura, como el agua.

El choque de dos sangres en tu cuerpo  
conjuga un ser dormido y pereciente  
que en morena virtud late encendido:  
el mestizaje tuyo, la batalla  
de las sangres volcánicas y fiernas  
hoy irrumpe en la forma, en la figura  
con que inauguras mundos, día a día;  
cuando cantas y lloras, cuando duermes  
apagada y desnuda, como muerta.

Te quiero por la sangre desolada  
que te acerca a mi ser y le condena  
a sumergirse, lento, en el espasmo  
del alto Amor, purísimo, infinito.



ENTIENDO el alma indígena: es lo puro  
que escudriño en mi ser cuando el azote  
de encontradas pasiones en mí estalla;  
cuando grito de amor o de esperanza,  
o cuando el odio que en mi cuerpo duerme  
despierta su violencia inacabable.

Me siento maya entero cuando escucho  
la muchedumbre indígena en mis venas,  
cuando miro por dentro nuestro mundo,  
deshecho en su amargura, encadenado,  
sin consciencia cabal de sus valores.

El mestizaje en mí nunca podría

ahogar el clamor de la honda sangre,  
de la tierra morena que me nutre.

Del fondo de la aguas loco extraigo  
un rostro ya curtido por el tiempo,  
absoluto y sencillo, hosco y sangrante.

Es el rostro del indio que en latidos  
me muestra como soy: salvaje y fiero,  
soberbio, varonil, áspero, rudo.

En el amor soy hondo, y en la muerte.

Hay dos ríos fecundos que me arrojan  
al fuego de los días:  
el del amor y el odio,  
el de la verde alegría  
y el otro negro y denso de la muerte.

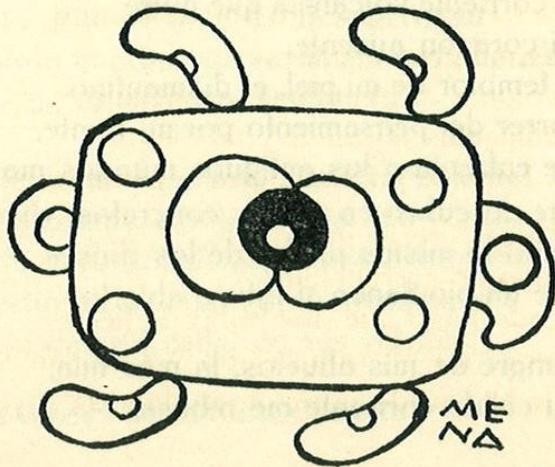
Lo taciturno de mi ser, el fuego  
escondido en mis huesos,  
la corriente volcánica que nutre  
mi corazón ausente;  
el temblor de mi piel, el diamantino  
correr del pensamiento por mi frente,  
me enfrenta a los antiguos mundos mayas  
que descubro en mi ser, concretos, vivos  
como la misma piedra de los dioses  
que un ojo tienen al futuro abierto.

Sangre de mis abuelos, la más mía,  
Su cálida corriente me rebasa,

me ahoga o me defiende,  
me lanza al batallar o al fallecer ausente  
en la remota playa del olvido.

No quiero ser, y quiero ser cual era  
en lo profundo de una edad incierta:  
el indio puro, conmovido, pleno,  
apasionado de metal y fiero  
como el árbol que elevase hasta el cielo  
consciente de su amor para la tierra.

Algo nace y solloza entre mi sangre;  
algo muere en el día y resucita  
en soledad querida, combatiente:  
es el amor profundo que me muerde  
con dientes de maíz, en lo mas suave  
del corazón abierto, como rosa  
que alumbra en derredor, alucinada.



TECUM-UMAN magnífico,  
en mí palpita tu fulgor de estrella,  
tu deseo voraz, tu pesadumbre:  
te siento vivo y alto por mi sangre  
de indígena orgulloso;  
coloras mi semblante acanelado,  
alimentas mi amor y mi alegría  
y también mi nostálgica esperanza.

Haces crecer mis odios,  
tuya es mi rebeldía;  
cada paso que doy sobre la tierra  
recuerda el *tum* lejano y sollozante  
de tu partido corazón en llamas.

No olvido yo tu nombre,  
no olvido yo tu muerte,  
héroe adolescente.

De la dormida historia emerges puro,  
batallador y fiero,  
caminando al encuentro de la muerte,  
tu también cual Cuauhtémoc  
"único héroe a la altura del arte".

Lección de rebeldía hoy olvidada  
por torpes muchedumbres incoloras  
que respiran la dura servidumbre  
de una tierra rendida, zozobrante.

¿Que vale ya tu muerte, héroe joven,  
si no escuchan tu voz, si no interesa  
tu vegetal y férreo grito herido  
ante los falsos que tu nombre hieren?

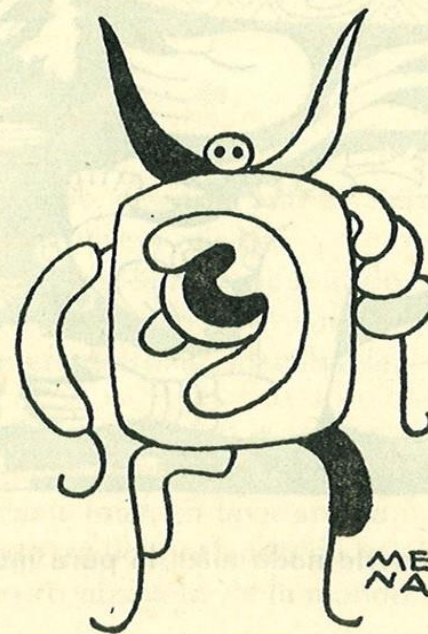
Juventudes imbéciles te niegan  
-aunque el oscuro rostro les delate  
la exacta procedencia de tu sangre.

El alto honor de perpetuarte tengo  
en mi indígena sangre americana,  
sedienta, ardiente, denodada, amarga,  
que en lo profundo de mi ser te exalta.

Abuelo victorioso de la muerte,  
no mueres ya: caminas lentamente

en la sangre de ciegas muchedumbres  
que al fin te han de encontrar en el futuro.

Desde mi joven voz tu sombra crece  
y crece y crece hasta llegar al cielo:  
al cielo de la gloria, al cielo maya  
que rásgase en crepúsculo y quetzales.





La muerte nada más, la pura muerte.

ABSORTA, detenida ante lo eterno  
que en mí vive y alienta,  
Coatlícue desolada te he mirado  
en día lento y puro en el Anáhuac  
que ternura derrama, inacabable.

He sentido por dentro la marea  
de un poder muy extraño que caía  
en derrame total, en lava ardida,  
nutriendo en lo profundo de mi sangre  
el ancestro absoluto de tu mundo.

Desde viejas raíces milenarias,  
tu voz, tu aliento rudo, tu mirada

nos socava en el sueño, nos enlaza  
a tu tiempo de muerte y rebeldía,  
nutrida de la tierra  
y en su sabor intenso, fascinada.

En la piel, en el rostro  
transparente del aire,  
en las arrugas suaves y desiertas  
de una patria perdida, rescatable,  
en las heridas rojas, en la vida  
de una tierra de estáticas planicies,  
en el misterio denso de tu suelo,  
allí he mirado, lento y conmovido,  
la corriente de vino y de pasiones  
que tú agitas, Coatlicue y que defiendes.

La tierra late en tí,  
se mueve y vibra, alucinadamente,  
perdida y encontrada en tu tiniebla  
de agonía y de carne, de latido;  
allí descubro lo hondo de tu origen,  
tu demonio turbado, tu camino  
de espina y de laurel, de hambre y gemido  
que resuelven su lucha dentro el sueño.

Coatlicue, ángel dormido  
en deslumbrante y vivo paraíso,  
enciendes las tinieblas,  
la luz matas,  
para crearte, desnuda, un mundo antiguo  
que no muere ya nunca, que te sigue.

Quetzalcóatl, coloso dios del aire,  
vuelve a adorar tu ceño, tu altivez, tu coraje  
de potente soberbia:  
la Serpiente Emplumada te ciñe y te penetra  
con afiebrado silbo de angustiada,  
terrena sangre hirviente.

Diosa de la pasión humana y cierta,  
Cuauhtémoc ofrendó su sangre joven  
ante tu altar de muerte inconquistable:  
nada pudo la furia cortesiana  
ante el gesto sereno del gran indio:  
humillado y vencido, más rebelde  
en plenitud gozosa, indoblegable.

Su ejemplo es hoy muy nuestro y lo es del mundo:  
erguido ante el tormento y el martirio,  
Coatlicue, palpítabas en su sangre,  
victoriosa la hacías en la muerte,  
meta viva, certera, alucinante,  
regida por tu voz de stirpe antigua.

La muerte nada más, la pura muerte  
late en Cuauhtémoc vivo y para siempre  
eterno en nuestra raza indomeñable.

Coatlicue terrenal,  
tu mundo es éste, de piedra congelada,  
de sangre que florece,  
de muerte, quieta muerta, detenida;  
caminas en lo duro que sostiene  
tu trono ensimismado.

Estás absorta y pura  
en el mutismo grave de lo inerte  
que te enciende y germina.

Imagen de la vida que gobierna  
el tránsito del hombre enloquecido  
sobre la tierra herida.

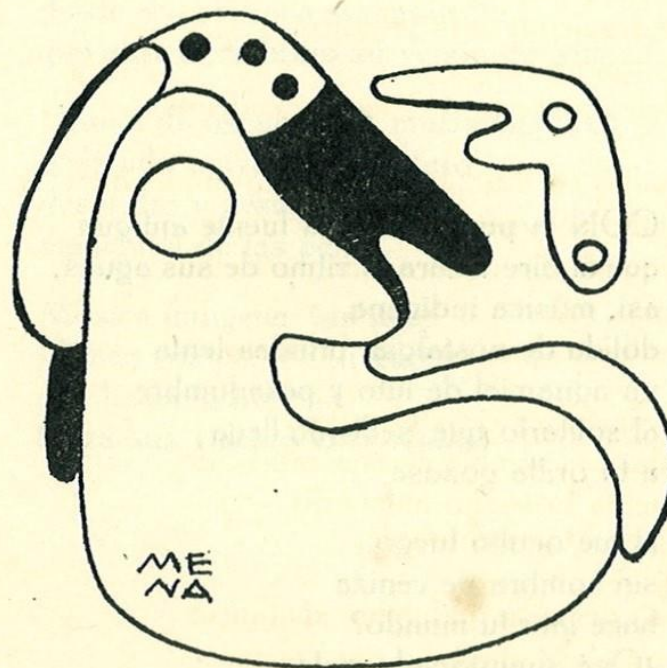
Sueño total, entero de la muerte  
que sujeta este llanto, este latido,  
en mí vive tu sombra, tu mirada  
que desciende a lo interno,  
a lo ignorado,  
donde dioses no existen, ni cadenas.

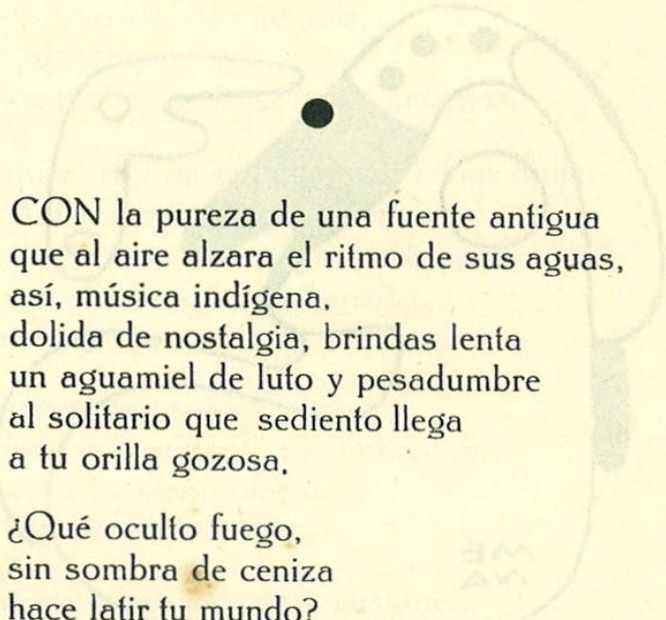
El indio en tí ha encontrado lo imposible:  
quietud rocosa, eterna, defendida  
por impasibles cielos que custodian  
tu más allá de grito sofrenado,  
de silencio que vive, de misterio.

De minerales ecos el reflejo  
madura tu semblante ensombrecido,  
alimenta tu sueño milenario,  
detiene lo innumerable.

Rosa del alma indígena, sustancia  
de un algo milenario que camina  
por la sangre del hombre americano,  
en tí alienta un demonio que sonrío  
en su mítico gesto indescifrable.

Amapola de horror, ángel perdido,  
diosa de lo terrible y de la muerte,  
sobre la tierra sueñas y dominas;  
nada apaga tu fiera omnipotencia.





CON la pureza de una fuente antigua  
que al aire alzara el ritmo de sus aguas,  
así, música indígena,  
dolida de nostalgia, brindas lenta  
un aguamiel de luto y pesadumbre  
al solitario que sediento llega  
a tu orilla gozosa.

¿Qué oculto fuego,  
sin sombra de ceniza  
hace latir tu mundo?  
¿Qué abandonado cielo,  
qué viento oscurecido  
construye ese latido melancólico  
que de tu cálido vientre se derrama?

En la noche del trópico, a lo lejos,  
gota a gota rebasas la negrura  
que las estrellas hieren  
con su espada constante.

Un jadeo de amor llena la tierra.  
Y racimos de muerte y del deseo  
coro cerrado son  
para el abandonado.

Un trágico demonio canta absorto  
desde esa chirimía somnolienta  
que abre al embrujo su visión de trinos.

Drama de oscurecidas muchedumbres,  
desolado universo sin futuro,  
deshecho y desdichado  
manantial de las penas.

Música indígena, tan mía:  
¡Quién comprende tu lengua  
que hacia la libertad  
lanza sus flechas encendidas!



DESDE lo oscuro de la sangre, madre,  
me viene tu calor estremecido;  
me viene aquel orgullo indomeñable  
en que alentabas, diáfana y entera.  
Me viene de tu ser, lenta y callada,  
esta ansia de agonía,  
esta angustia que crece y se dilata  
en el puro terreno de mi sueño.

Mi vocación poética encendida  
se nutrió en tu calor y tu nostalgia:  
bajo tu sombra clara  
el árbol de mi canto alzóse al cielo.

!A ti me debo, madre!  
De tu vientre moreno surgi un día  
a contemplar el mundo alucinado;  
el sabor de los frutos terrenales,  
desde tu seno se me dió muy lento,  
con el ritmo candente de la sangre.  
Porque tu sangre eterna en mí camina:  
su marea y corriente tan antigua,  
su deseo purísimo, sus odios,  
su huracanado amor y su ternura.

Cima del entusiasmo de la sangre  
aflore a la tierra encadenado  
a tu mundo indígena violento.  
Soy fruto del amor,  
del puro y absoluto deseo original.  
Hijo de una pasión adolescente,  
nada tengo en común con los hermanos  
que el interés brindóme  
cuando tú ya eras fruto de la muerte.

Tu vida breve fué: lo suficiente  
para dejar la huella luminosa  
en esta tierra tuya que no olvida  
el brillo apasionado de tus ojos  
y el moreno universo de tu cuerpo

El más profundo origen,  
lo más oscuro de mi ser, querida,  
en ti lo he de buscar eternamente.  
De mi pregunta tú eres la respuesta:

la única cabal, la palpitante  
en realidad y sueño, en agonía.

Desde mi sueño vigilante surges  
llena de vida y primitiva muerte:  
raíz de mi pasión,  
mundo de magia y encontradas fuerzas  
donde lo indígena reina victorioso.

Madre: la pura eternidad iluminada,  
victoriosa en el ritmo de mi sangre.



●

YA no más tu fervor humedecido  
fecundará esta tierra  
con indígena signo combatiente;  
ya no más tu honda voz huracanada  
señalará el futuro de la raza  
hoy socavada en sus cimientos.

¿Por qué te fuiste, amigo, si haces falta?:  
tu presencia corpórea, popolvúhica,  
tu accionar vehemente,  
tu sed insatisfecha, tu nostalgia.

Te sabías muy indio, hermano de mi sueño,  
común en la agonía de entusiasmo,  
en la lucha, en la angustia por el pueblo.

Eras el hijo de la Noche.  
 Oscuros resplandores palpitaban  
 en tu mirada ausente, enamorada  
 de una azul esperanza florecida  
 con cuchumatánica pasión.

Toda la savia verde de la tierra  
 nacía en ti, roble joven, adolescente puro,  
 victoriosamente.  
 Distes a la muerte la ofrenda más alta:  
 tu vida de material terrestre,  
 de pureza de sueño,  
 de ángel iluminado.

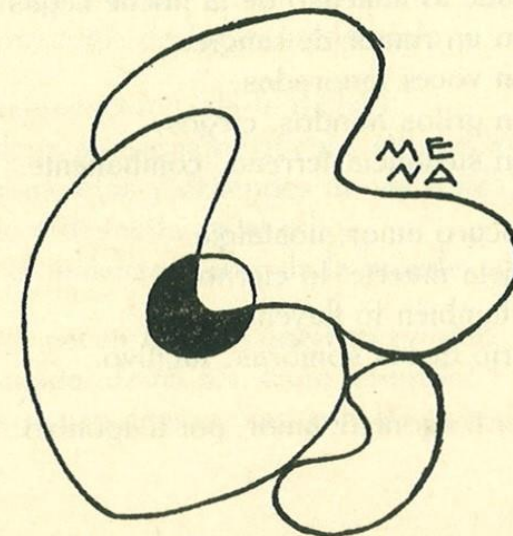
En la pesada noche de la patria  
 fuiste el resplandor y la alborada,  
 la senda del futuro.

Tu derramada sangre, tu batalla,  
 tu fervor por lo nuestro,  
 tu caminar sediento, alucinado,  
 en busca de lo puro de la tierra,  
 te hicieron Capitán de libertades,  
 Adelantado de la Gloria.

Cuando el Alba despierta,  
 cuando la luz estalla en sus racimos,  
 cuando el mundo levanta su entusiasmo,  
 entonces, gran amigo, más allá de la muerte,  
 más allá de lo oscuro,  
 en el terreno de la magia,

siento tu voz rebelde alzarse como un vuelo  
 de estremecidos pájaros:  
 tu voz rotunda, firme, desolada,  
 purísimo mensaje para el Pueblo.

Tú eras el Pueblo, amigo.  
 Lleno de mitológicas, milenarias esencias,  
 despertabas lo nuestro en tu mirada,  
 en tu libre anhelo, en tu existencia  
 tan hermana del árbol.  
 Tu muerte no es vacío: es plenitud,  
 ramalazo fecundo: va presente en los pasos  
 con que andamos lo nuestro:  
 sonrías en nuestros triunfos,  
 sollozas en nuestra angustia.  
 Tu muerte es un relámpago,  
 tormentosa violencia caída de repente  
 sobre tanto traidor a tu memoria.



●

OSCURO amor, relámpago,  
 flor de la piedra, polvo, sueño vivo,  
 desde lo inmenso de la noche llegas  
 con un rumor de sangre,  
 con voces ignoradas,  
 con gritos hondos, ciegos,  
 con sustancia terrena, combatiente.

Oscuro amor, nostalgia.  
 quieta muerte, lo eterno.  
 Y también lo fluyente,  
 el río de las sombras, fugitivo.

Por ti agonizo, amor, por ti agonizo.

Por tu perfil nocturno,  
 por tu magia inefable,  
 por la palabra suave que nace de tus labios.

Oscuro amor, mordida de la luz  
 sobre mis días, sobre el fuego y la nada,  
 sobre el cuerpo del alba.

Oscuro amor, oscuro, perforante,  
 niebla, fulgor, dolido signo, caos,  
 entrañable camino, desespero.

Al destino me enfrento, oscuro amor, guiado  
 por el resplandeciente llamado de tu mundo.  
 Soy sólo un desterrado que descubre  
 tu alimento violento, tu fruto real y puro,  
 su ramazón de sueños inviolados.

Oscuro amor, esencia de la tierra,  
 comarca más antigua de la libertad,  
 tu paso por mis horas acrecienta la lucha,  
 la nostalgia de tu profundo cielo.

Iluminado surco de la dicha,  
 cadena apasionante que me afirmas al mundo,  
 que me atas y defiendes de las furias,  
 solo y desnudo en el odio,  
 en la inmensa marea de la muerte.

En ti nacen los ríos que han nutrido  
 el caudal de mi sér, fruto sombrío;  
 sus aguas densas, sus corolas rotas,

su amapola de viento desatado.

La noche de tu voz, cóncava y pura,  
 abre al sueño su angélico dominio,  
 su certidumbre cruel, su demoníaco  
 aliento de manzana.

Reconcilias mi sér con lo perdido,  
 con lo añorado por mis muertes:  
 nostalgia de luzbérica serpiente.

Apoderada mía, del Absoluto dueña,  
 de mi angustia, del éxtasis.

En la aventura de tu sér palpita  
 el primitivo aliento de la piedra,  
 su escondido fulgor, su fuego apocalíptico,  
 su oscuro resplandor de amanecida.

Desde el escombros de mi vida aflora  
 tu ceniza mortal, tu aliento enfurecido  
 de indígena sedienta.

Desde el misterio de tu piel morena  
 un dios inconcebible me sonrío.

Desde tu cuerpo, terrenal, magnífico,  
 sensualidad satánica desbórdase  
 al aire puro y libre de la noche  
 que en ti encuentra su espejo floreciente,  
 su enigmático imperio sorprendido.

Rescatas en mí al ángel que naufraga  
 en la finiebla pura de tu nombre:  
 exaltas la inocencia de mi sino,  
 mi vocación de pájaro sin alas;  
 me desnudas en limpia muchedumbre  
 de flores y de espinas,  
 me sublevas la sangre, me aniquilas  
 en ritmo desolado.

Vuelve la paz a mi costado herido  
 con el murmullo tibio de tu voz,  
 de tu presencia oscura, de tu arrullo.

Oscuro amor, profundo y malherido,  
 estrella triste, páramo de nardos,  
 presencia del Deseo.

Imagen de la muerte, libertad encendida,  
 un túmulo levantas en mi pecho,  
 en el percedero polvo que me envuelve.

En el exilio vivo de tu sueño,  
 sólo tú, sombra amada, oscuro amor,  
 terrena certidumbre,  
 me orientas a lo eterno.

Absorto escucho el paso de tu sangre,  
 tu silencioso agonizar en ansia,  
 tu hecatombe de llanto y de agonía,  
 tu entrega al Absoluto que me embriaga.

Raíz del canto, oscuro amor, oscuro.

su amapola de viento desafado.

La noche de tu voz, cóncava y pura,  
 abre al sueño su angélico dominio,  
 su certidumbre cruel, su demoníaco  
 aliento de manzana.

Reconcilias mi sér con lo perdido,  
 con lo añorado por mis muertes:  
 nostalgia de luzbérica serpiente.

Apoderada mía, del Absoluto dueña,  
 de mi angustia, del éxtasis.

En la aventura de tu sér palpita  
 el primitivo aliento de la piedra,  
 su escondido fulgor, su fuego apocalíptico,  
 su oscuro resplandor de amanecida.

Desde el escombros de mi vida aflora  
 tu ceniza mortal, tu aliento enfurecido  
 de indígena sedienta.

Desde el misterio de tu piel morena  
 un dios inconcebible me sonríe.

Desde tu cuerpo, terrenal, magnífico,  
 sensualidad satánica desbórdase  
 al aire puro y libre de la noche  
 que en ti encuentra su espejo floreciente,  
 su enigmático imperio sorprendido.

Rescatas en mí al ángel que naufraga  
 en la tiniebla pura de tu nombre:  
 exaltas la inocencia de mi sino,  
 mi vocación de pájaro sin alas;  
 me desnudas en limpia muchedumbre  
 de flores y de espinas,  
 me sublevas la sangre, me aniquilas  
 en ritmo desolado.

Vuelve la paz a mi costado herido  
 con el murmullo tibio de tu voz,  
 de tu presencia oscura, de tu arrullo.

Oscuro amor, profundo y malherido,  
 estrella triste, páramo de nardos,  
 presencia del Deseo.

Imagen de la muerte, libertad encendida,  
 un túmulo levantas en mi pecho,  
 en el percedero polvo que me envuelve.

En el exilio vivo de tu sueño,  
 sólo tú, sombra amada, oscuro amor,  
 terrena certidumbre,  
 me orientas a lo eterno.

Absorto escucho el paso de tu sangre,  
 tu silencioso agonizar en ansia,  
 tu hecatombe de llanto y de agonía,  
 tu entrega al Absoluto que me embriaga.

Raíz del canto, oscuro amor, oscuro.

●

SIEMPRE será el perdido tiempo,  
deshabitado, ausente,  
ceniza triste de los días.

Siempre, mientras la soledad  
no alimente las horas del olvido,  
y el resplandor de la voz heroica  
no ilumine el páramo oscuro y desierto.

Fuí el soldado de un empeño imposible,  
luché, despierto y lúcido  
por caminos de sueño:  
vislumbé la esperanza, mas conocí la espina.

Nó, no es esto lo que anhelé,  
tierra de nadie es ésta, prohibido manantial  
donde la sed intacta no calma su deseo.

Prófugo de mí mismo,  
desterrado perpetuo, ¿quién sueña por mi sueño?

Yo conocí el olvido, y el amor...  
¡Todo es vano!

Solo la muerte sombra amable tiende  
al paso de la imagen que me apresa.

La soledad es vino, magia, embriaguez colmada.  
Entremos, descendamos a su reino  
donde furias perpetuas nos sonrén.



SOLEDAZ. Desamparo.  
 Róeme tu marea, tu nostalgia;  
 vivo tu desenfreno, tu pasión  
 voluptuosa de fuego sostenido;  
 muero tu cautiverio,  
 tu límite, tardío.

Sed despierta me llama,  
 me tienta y me destruye:  
 verte dentro de mí, sentir tu carne  
 de fibio tacto herido;  
 luchar, vencer tu sombra,  
 verte sola, desnuda,  
 mi sueño, Eva perdida.

Llorar, ver que renaces  
 del agónico mundo conmovido,  
 ¡oh, mi arcángel terrible, irremediable!  
 Ver que brotas del cielo y de la tierra  
 con tu rostro en claveles florecido.

Con soledad de mártir o suicida  
 me acerco a tu ternura, deslumbrado:  
 te sé tan cerca, en lo total, ya mía,  
 que definiendo mi cuerpo en tu agonía  
 de magia diluída lentamente

Sé que estás más allá: entre lo inefable,  
 o acaso solamente en la otra orilla  
 de mi tacto ya ciego, victorioso.

He de hallarte de nuevo, sorprendida,  
 quieta de eternidad, de alado aliento,  
 de imposible perdido, rescatable;  
 sé que estás en la sangre de la tierra  
 esperando sentirte en mi latido  
 de lealtad a lo humano, sollozante.





CLARO es tu reino, soledad:  
viva luz de nostalgia.

¿Qué fué del amor esplendente,  
qué de la amistad sin fruto,  
estéril campo, yermo y frío?

Anduve por la tierra  
y sólo máscaras me salieron al paso:  
se han perdido los rostros,  
las almas han huído  
dejando caserones vacíos,  
aire sin ecos,  
melancólica música sin fondo.

Vuelvo a tu orilla, soledad, herido  
el sueño, deshecho el muro  
que escondió nuestro huerto.  
El triste, oscuro vino del dolor  
derrámase en mi torno nuevamente  
alentando una sed desesperada.

Tu fértil campo, soledad, descubro;  
me sumerjo en tus aguas voluptuosas,  
aspiro el aire tibio que circunda  
tu horizonte de limpia Primavera.

Sólo la tierra es buena.  
Viajero de absoluto,  
peregrino constante,  
nostálgico de lo imposible,  
continúo mi marcha  
sin otro guía que el deseo.

Llameante exilio interminable,  
río oscuro y sin meta,  
¿en dónde, Poesía terminará mi muerte?

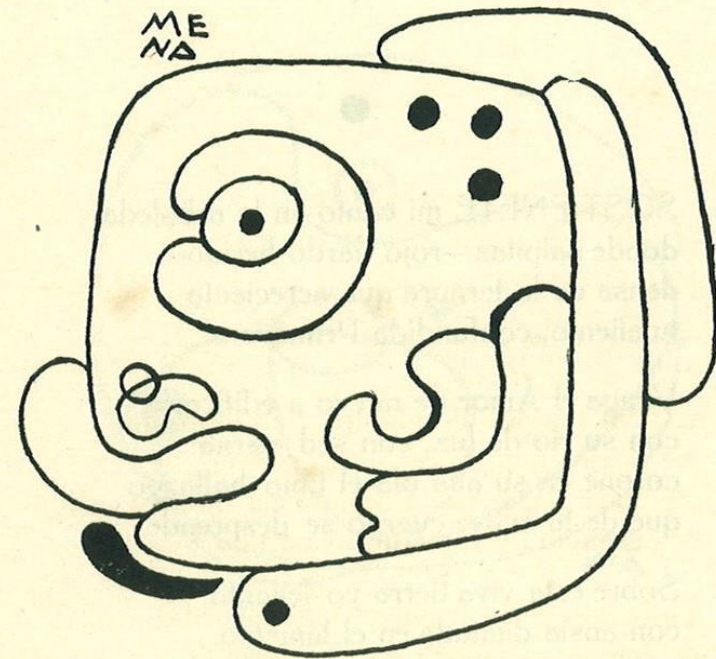
Resplandeciente soledad,  
único alivio del abandonado.

COMO si fuese, adentro, una mordida,  
me duele, vivo, tu recuerdo suave;  
me duele hasta en la sangre en que no cabe  
tu ausencia derramada, tu partida.

El mundo crece y muere, mas no sabe  
de este agudo morir en que perdida  
de mi sueño, oh altiva, oh dolorida,  
has dejado a mi vida sin su llave.

Nada sabe la gente de mi duelo,  
ni presente la angustia en que naufrago  
herido por nostalgia de tu cielo;

nada sabe este mundo del estrago  
que a mi vida causaste: de no verte  
mi sueño se acrecienta entre la muerte.

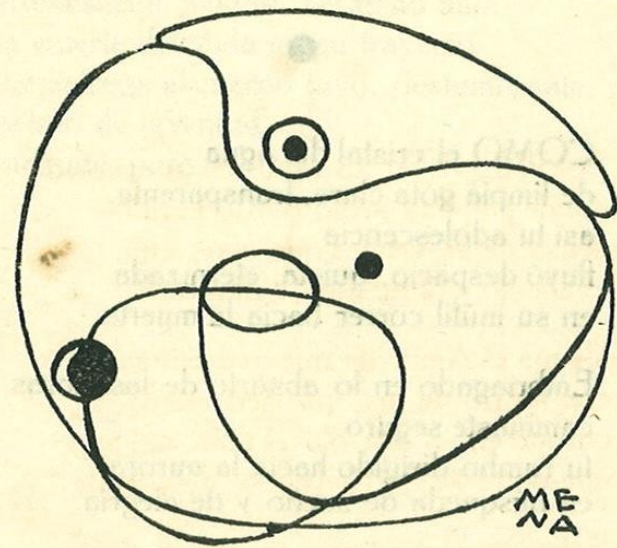


SOSTIENETE mi canto en la arboleda  
 donde palpitas --rojo nardo herido--  
 densa de la ternura que acrecienta  
 tu aliento, confundida Primavera.

Venga el Amor de nuevo a edificarte  
 con su río de luz, con sed eterna;  
 corone en su alta ola el tibio hallazgo  
 que de tu suave cuerpo se desprende.

Sobre esta viva tierra yo levanto,  
 con ansia dilatada en el lamento,  
 esta oscura muralla de la sombra  
 donde te escondo, oh rosa, oh sal, oh cielo,  
 oh, ventura sutil, oh florecida.

Cenizas del olvido lleve el viento,  
 corolas desoladas te hagan lecho;  
 que la muerte voraz detenga el paso.  
 Sólo los altos dioses de la tierra  
 con safánico ritmo te coronen,



COMO el cristal del agua  
de limpia gota clara, transparente,  
así tu adolescencia  
fluyó despacio, quieta, eternizada  
en su inútil correr hacia la muerte.

Embriagado en lo absorto de las horas  
caminaste seguro  
tu rumbo dirigido hacia la aurora,  
en búsqueda de sueño y de alegría.

Iluminaste el suelo en que caíste  
con tu rostro de vino,  
de tierra oscura y honda,  
de joven árbol verde derribado.

Queda tu voz perdida y encontrada  
en esta tierra herida que conserva  
tu alucinado rostro  
fresco de eternidad, grave, absoluto.

Queda tu nombre esbelto en la memoria  
que no olvida tu gesto, tu mirada  
de adolescente intacto, sorprendido.

Quedas en mí, presente, renovado,  
lento en mi sangre tibia  
desolada de amor, de empeño antiguo.

Adolescente muerto, hermano mío:  
la muerte detenida en su trayecto  
me entrega el cuerpo tuyo, deslumbrante,  
pétreo de juventud,  
radiante, puro.

JUNIO, la luz, el infinito cielo:  
madura Primavera.

El aire es un desplome de ángeles,  
la canción de una voz desconocida  
y por eso entrañable.

Y qué es la tierra sino aliento de amor,  
fruto maduro de la eternidad.  
En ella nutre el fuego su calor,  
su rumorosa lumbre,  
su aliento de manzana;  
en ella, socavado, amoroso,  
está el contacto de unos piez descalzos,  
adánicos, sencillos.

Eso es la Primavera:  
un aire tibio, una rama inclinada,  
un rostro de mujer de vidrio y sueño.

Eso. Y los ríos violentos de la sangre,  
y el orgullo constante del Deseo.

El río dulce de los sueños, lento,  
me lleva hasta tu entraña, Primavera.  
La caricia del agua, malancólica,  
me orienta al mar profundo  
de trópico violento que te enciende.

Te canto, Primavera,  
con la violencia maya que ilumina mi sangre,  
con antiguo fervor, con sed inmensa,  
telúrica, magnífica.

Tu cielo es más azul, tu luz más suave,  
tu aire de algodón, durazno malherido.

Desde el diluído verde de tus aguas  
el rostro nuevo de Narciso vuelve  
nimbado por la mágica serpiente.

Tú, Primavera, fiel imagen  
del Absoluto, sorprendes, detenida  
al borde mismo de las aguas dulces,  
quietud inmaculada,  
éxtasis de vértigo maduro.

Tu azul cuchumatánico es oleaje  
de un océano extraño, Primavera.  
Esbeltas olas de árboles levantan  
tu purísimo nombre hasta la altura.  
En tus valles magníficos, erectas,  
crecen las rosas vivas de la sangre  
-semillas de la indígena progenie.

Y tus ríos que son sino el camino  
de jade de los ángeles.

Primavera, manjar aniquilante.  
Tras la luz de tu rostro, transparente,  
miro el polvo fatal, endurecido;  
el vino del demonio,  
Luzbel, ángel oscuro,  
relámpago perfecto.

Por eso, primavera, a tu contacto,  
todo el sér y el no sér se hacen ramaje  
para apresarte y expresarte entera.

Eva: la Primavera. Sin ti no existe el goce.  
Horizonte del hombre, camino de su entrega.  
Tu rostro es la nostalgia del destierro,  
del transitorio bien, inalcanzable y puro.

Del femenino nombre, abanderada,  
Primavera.

Esbelta flor del aire,  
sonrisa de los días, Primavera.  
Amor a tu conjuro puebla el mundo  
de un acento de tibia dulcedumbre,  
de un hálito feliz de amanecida.

Y qué es la Primavera  
sino el afán del hombre,  
la lucha de los sueños, Poesía?

Primavera, hermana de la Muerte  
y como ella feroz flor de misterio.  
Tú alimentas los seres y las cosas,  
tú, cazadora inmensa,  
nos entregas rendidos a la tiniebla pura.

No existe el Paraíso,  
sino este tuyo. transparente  
y antiguo, como el cielo.

Te canto, Primavera,  
hoy que amparas mi voz y la sostienes  
—erguida flor de sangre—  
con fuego de tu vientre.

Mañana, opreso de la red oscura,  
caeré como caen las naranjas  
redondas de absoluto  
al viento de la nada,  
a la tierra voraz y milenaria.

VEO a Luzbel, relámpago de espada,  
hermano faciturno de los sueños,  
primer origen, padre de la violencia;  
dolido inicial y fecundo de lo injusto,  
batallador hermoso,  
consciencia primera del ángel que fué hombre.

¿Quién guía la mano del solitario,  
quién al embrujo orienta su deseo?

Todo inconforme sueña  
el aire puro y rojo de tu mundo,  
tu horizonte de llama, tu espejo fiel  
de un cielo de imposible.

Desde el exilio oscuro, desesperante y solo  
sueño tu imagen, libertador,  
ángel puro, combatiente.  
Tu cetro está en el sueño y hacia el sueño nos guía.

Celeste viajero, de ti nació el hastío,  
el deseo, la lucha.  
Origen primero del exilio,  
poeta, sangre hirviente,  
llama deslumbradora,  
revolución dentro del cielo.

Adán no fué el primero.  
Lo fuiste tú, Luzbel, caos organizado,  
nuevo mundo, espíritu del Bien y del Mal,  
hombre surgido del encuentro,  
de la primer batalla,  
lección fecunda y terrible de la Historia.

Con la tea del sol iluminaste al mundo,  
nacieron las pasiones, tu sombra fué el Deseo.  
Luego el Amor y el Odio,  
los dos terribles ríos,  
oradaron los cielos y la tierra.

Antes que Adán, tu, gran apasionado,  
diste la medida del Hombre.

Rey de la sombra, tu vengadora espada,  
arcángel terrenal y magnífico,  
cruza los cielos imposibles.  
Sólo vemos su huella:  
relámpago perfecto.

LIBRES somos nomás dentro del sueño:  
 ahí felicidad al fin hallamos,  
 ahí despiertos andan los anhelos  
 que transforman nuestra ansia en agonía;  
 ahí la realidad está distante,  
 no hay hambre, no hay suplicio ni verdugos:  
 el sueño es de nosotros, no la tierra  
 que hombres crueles nos roban, desgraciados.

Libres somos nomás dentro del sueño.

Sin odio y bien unidos conquistamos  
 lo nuestro más querido, deslumbrados  
 en su inasible mundo sin orilla.

Ahí lo puro a nuestra frente llega  
 desnudo, limpio, pleno, enardecido;  
 el llanto está distante para el indio  
 que busca esperanzado la alegría.

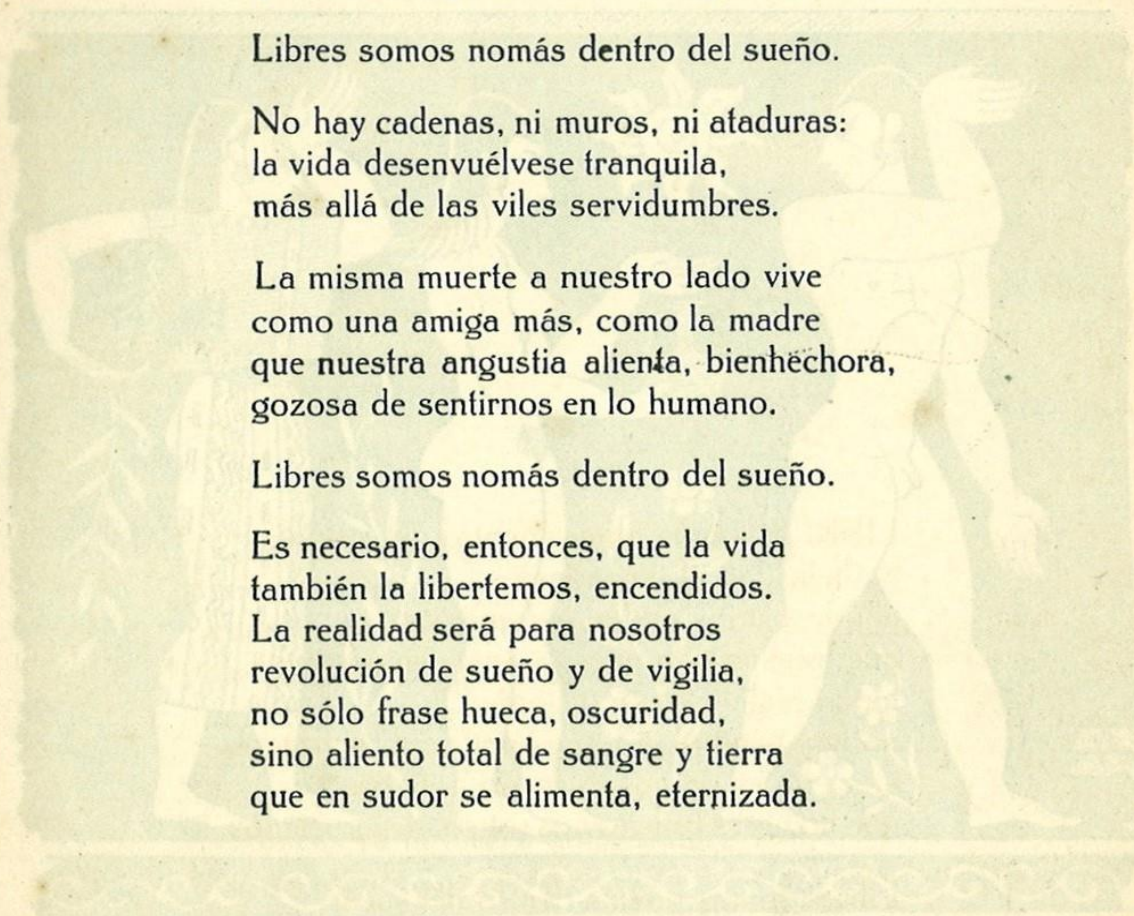
Libres somos nomás dentro del sueño.

No hay cadenas, ni muros, ni ataduras:  
 la vida desenvuélvese tranquila,  
 más allá de las viles servidumbres.

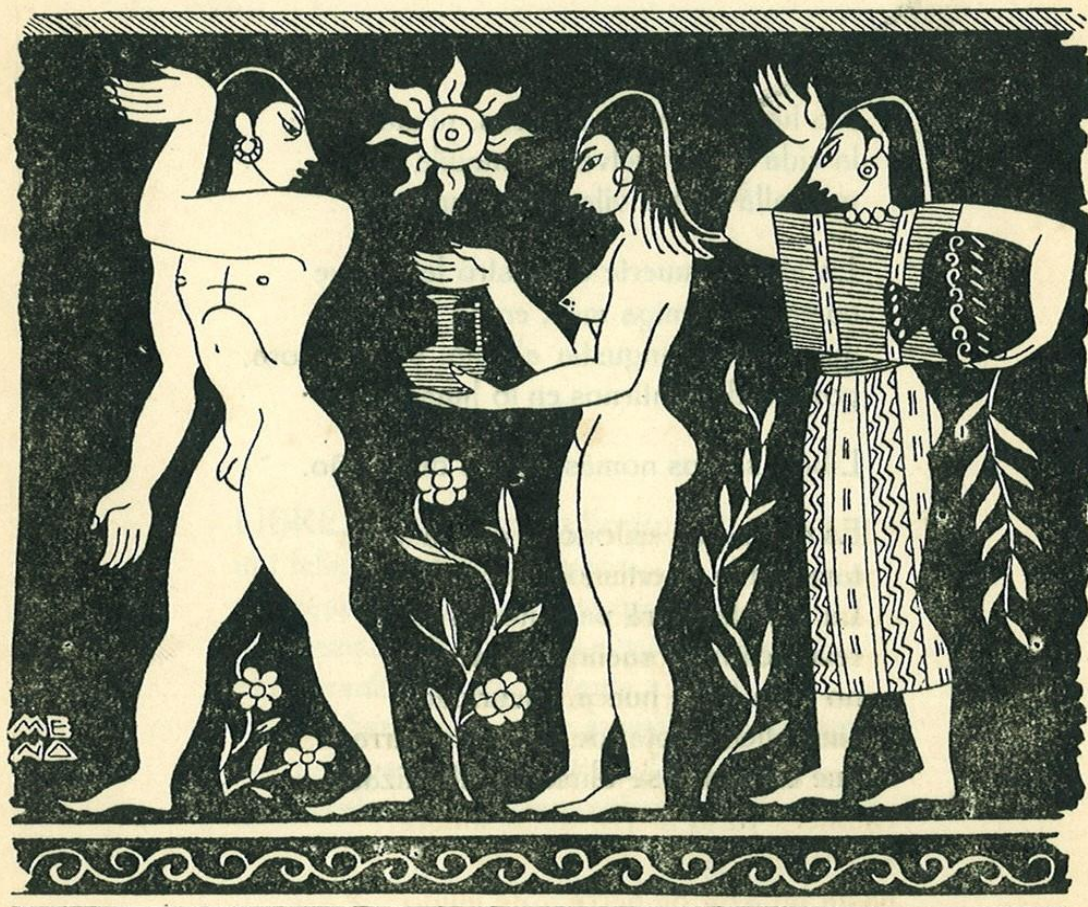
La misma muerte a nuestro lado vive  
 como una amiga más, como la madre  
 que nuestra angustia alienta, bienhechora,  
 gozosa de sentirnos en lo humano.

Libres somos nomás dentro del sueño.

Es necesario, entonces, que la vida  
 también la libertemos, encendidos.  
 La realidad será para nosotros  
 revolución de sueño y de vigilia,  
 no sólo frase hueca, oscuridad,  
 sino aliento total de sangre y tierra  
 que en sudor se alimenta, eternizada.







Marcharemos situados en su vientre  
mirando el sol que late alucinado.

CUANDO lo verde cubra ya la tierra  
con sus altos ramajes, hasta el cielo;  
cuando su fértil tallo  
desenvuelva su gracia renacida  
sobre estos cuerpos jóvenes;  
cuando el ansia y el sueño, ya enlazados,  
florezcan en su plena lozanía,  
entonces ya la fuerza de la sangre  
eleará los actos de los indios  
hasta un azul de tierra y de latido.

Cuando todos podamos, ya conscientes,  
movernos en la tierra como propia  
casa erigida por humano esfuerzo;

cuando el amor con lazos nos sostenga  
 e impulse hacia el futuro presentido,  
 entonces, alto sueño, rosa abierta,  
 tú, yo, nosotros, todos, combatientes,  
 marcharemos situados en su vientre  
 mirando el sol que late, alucinado,  
 que nos llena de luz, que nos corona  
 de palpitante miel los miembros todos.

Entonces, tierra mía, verde sueño,  
 tú, yo, nosotros, fuertes, de la mano,  
 miraremos la rosa del futuro  
 abriéndose en corolas para todos  
 los que la roja sangre contenemos  
 en impulso que hierve y no se muere.

Cuando el temor viscoso  
 que hoy tiembla entre los cuerpos se desplome  
 y el amor verdadero nos conmueva,  
 nos impulse y sitúe en la honda tierra;  
 entonces, sí, lo nuestro habrá regido  
 nuestro ser en el goce dilatado  
 que eleva y no desploma el hondo acento  
 del Hombre redivivo.

POESIA es Amor.  
 Pero también es Odio, ramalazo violento  
 contra una realidad en la que el hombre  
 ha perdido su sitio, su horizonte genuino.

Viajero por la tierra he descubierto el Odio  
 y a él le entrego ahora el conmovido canto.

Indio: no llores más tu desventura:  
 el llanto a nadie sirve.  
 Nutre tu entraña, témplala en el fuego  
 que el Odio nos entrega lentamente.

Creo en el Odio y en su fuerza fecunda,  
 en su aire perfecto y en su luz que derrota  
 a un mundo de agonía y podredumbre.

El Odio es embriagante como un vino:  
penetra en nuestra sangre, victorioso,  
y crece y crece luego, como la Primavera,  
con renovado impulso de pájaro y de fruto.

Alguna vez, Amor, reinarás en la tierra.  
Mas antes el Odio fecundará el camino  
con sus negros racimos,  
con su inmensa marea,  
con su viento de muerte.

De su alto oleaje el hombre resurgirá desnudo,  
limpio de mancha, entero en su destino:  
amasado en eternidad palpitante.

Un resplandor extraño anidará en la tierra,  
la morada de Adán vuelta a su prole.

(Soy poeta del Odio porque a la Poesía  
nada de lo que al hombre conmueve le es ajeno).

Sobre el humo y los huesos,  
sobre vertida sangre, sobre muerte,  
tu luz inmensa ha de rielar un día.

Tu violencia nutricia, tu ira contenida,  
vengará la memoria de todos los esclavos.

Luminosa y fecunda, esta palabra: ODIO,  
cantará por el cielo, como un nuevo arcoiris.

La justicia y la paz brotarán de tu vientre,  
de la tierra abonada con los huesos del "lobo".

Descubridor tardío de su fuerza,  
el hombre ha de surgir joven y bello:  
dios de la tierra, amo de su destino.

Un viento de amapolas reinará por el aire.  
Y el rostro del Amor, nuevo sol floreciente,  
alumbrará los pasos del hombre por la tierra,





MUNDO INDIGENA

INDICE:

	pág.
Escribo en español, mas el espíritu.....	9
Si digo amor, es tierra lo que digo.....	13
Este amor tan nostálgico que late.....	17
Estos mis ojos son hijos de aquellos.....	21
Las llamas de Uatlán son esas llamas.....	25
Mundo de mis sentidos, tan hermoso.....	29
Despierta en mí lo indígena en tumulto.....	31
Entiendo el alma indígena es lo puro.....	34
Tecúm-Umán magnifico.....	37
Absorta, detenida ante lo eterno.....	41

Con la pureza de una fuente antigua .....	46
Desde lo oscuro de la sangre, madre .....	48
Ya no más tu fervor humedecido .....	51
Oscuro amor, relámpago .....	54
Siempre será el perdido tiempo .....	58
Soledad. Desamparo .....	60
Claro es tu reino, soledad .....	62
Como si fuese, adentro, una mordida .....	64
Sostiénete mi canto en la arboleda .....	66
Como el cristal del agua .....	68
Junio, la luz, el infinito cielo .....	70
Veo a Luzbel, relámpago de espada .....	74
Libres somos nomás dentro del sueño .....	76
Cuando lo verde cubra ya a tierra .....	79
Poesía es Amor. ....	81

ESTE POEMA — VOLUMEN QUINTO  
 DE LAS EDICIONES SAKER-TI — SE  
 TERMINO DE IMPRIMIR EL DIA 25 DE  
 JUNIO DE 1949 EN LOS TALLERES DE  
 LA IMPRENTA MINERVA, EN LA  
 CIUDAD DE GUATEMALA, C. A. LOS  
 DIBUJOS SON POR GUILLERMO  
 GRAJEDA MENA. EL RETRATO DEL  
 AUTOR, POR JUAN ANTONIO FRANCO.